



NAGAPORE (INDOSTÁN).—ESTANQUE DONDE SE BAÑAN LOS INDIOS Y DEL CUAL SACAN EL AGUA QUE BEBEN.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Thevened. (Pág. 153)

CARTAS DE MISIONEROS

MISIÓN DE NAGASAKI (SENDAI)

Del R. P. E. Cavaignac es la siguiente carta: misionero en el Japón, apurado por las deudas contraídas después de haber gastado todo su patrimonio para la debida instalación de la Misión católica en Sendai, y fiando en la proverbial caridad española, escribe á *Las Misiones Católicas* pidiendo una limosna. Por experiencia lo saben aquellos de nuestros amigos que nos acompañan, años ha, en la santa empresa de cooperar á la obra de la Propagación de la Fe, por experiencia, repetimos, saben que los misioneros piden siempre porque siempre necesitan. Dios es quien se encarga de pagar el ciento por uno á quienes dan limosnas para obra tan santa y benemérita.

CARTA DEL RDO. P. E. CAVAIGNAC, MISIONERO EN SENDAI

MISIONERO en el Japón desde hace siete años, al segundo de mi llegada fuí destinado por mi obispo el Ilmo. Sr. Cousin, al Sud-Oeste de la Misión de Nagasaki, situada al Sud del Japón. El territorio que me cupo en suerte fué el de *Sendai*, en la antigua provincia de *Satsuma*, que forma hoy el gran departamento de *Kagoshima*; en este departamento fué donde San Francisco Javier pisó por primera vez el suelo japonés. El ilustre Taumaturgo, después de haber predicado el Evangelio y obrado milagros en Kagoshima, cabeza de partido de la Provincia, se dirigió á *Sendai*, ciudad la más importante después de Kagoshima: los antiguos manuscritos no nos han conservado los temas de su predicación en Sendai, así como tampoco el tiempo de su permanencia en este lugar. Pero, afortunadamente, los hechos hablan más alto que cuantos escritos pudieran haberse publicado, pues cuando la terrible persecución, esto es, apenas transcurrido medio siglo desde la predicación del insigne Apóstol, la actual ciudad de Sendai contaba cinco mil católicos, muchos de los cua-

AÑO XVII.—NÚM. 337

les murieron por la fe. En efecto, la persecución fué tan violenta, que los pobres cristianos se vieron precisados á escoger entre huir ó perecer; de suerte que no quedó en Sendai ni huella religiosa.

Cuando, veinticinco años ha, el Japón se abrió francamente á la civilización europea, y, sobre todo, cuando en 1889 la Constitución Imperial garantizó de veras la libertad de cultos, nuestros hermanos se apresuraron á penetrar en el interior del país para reavivar el fuego que en otro tiempo encendiera San Francisco Javier y que casi estaba apagado á causa de una persecución trisecular. En muchos parajes fueron descubiertos millares de cristianos, que con el mayor secreto habían conservado íntegro el sagrado depósito de la fe. La diócesis de Nagasaki cuenta hoy la consoladora cifra de cuarenta y un mil católicos. De éstos, los treinta mil son descendientes de los antiguos cristianos. En medio de las dificultades de la evangelización actual, este núcleo de hijos de héroes es para nosotros objeto de continuo estímulo, á la par que prenda segura de futuro éxito. No hay duda que desde el cielo, San Francisco Javier, junto con la innumerable multitud de mártires y confesores japoneses, está intercediendo por nosotros, que continuamos su obra luchando por la salvación de las almas en este miserable valle de lágrimas. Por esto, á pesar de los fracasos y penalidades del momento, tenemos firme esperanza en un brillante porvenir.

Inútil repetir lo que ya todo el mundo sabe acerca la antigua Iglesia japonesa; por esto no me entretengo en ello; para ser breve hablaré sólo de mi cristiandad de Sendai.

Tres siglos atrás, Sendai contaba, pues, cinco mil

15 DE JULIO DE 1909

cristianos; á pesar de los esfuerzos de los misioneros, no ha sido posible descubrir vestigios de tan antigua prosperidad. No obstante, por amor al ilustre Taumaturgo y confiando en su valiosa protección, hará veintidós años un anciano misionero vino á predicar á estos lugares: su palabra fué escuchada, y al año siguiente tenía la dicha de bautizar cincuenta cristianos.

Hermoso principio. Todo parecía ir de la mejor manera, cuando, súbitamente, el buen misionero fué llamado por su Obispo á otra parte donde hacían falta brazos y recursos, y Sendai quedó casi desamparado. Cuando, seis años ha, Su Ilustrísima me lo confió, la situación era verdaderamente precaria.

La residencia principal, esto es, la cristiandad central, tenía por única iglesia una casa alquilada provisionalmente; y la cristiandad secundaria, situada á una legua de la ciudad, tenía una capillita medio arruinada. El estado moral de la cristiandad era también algo lamentable. Después de haberme dado cuenta exacta de la situación, apelando á todo mi valor prometí al Señor confiando con su protección y en la intercesión de Nuestra Señora de Lourdes y San Francisco Javier, intentarlo y probarlo todo, para hacer alguna cosa útil á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, por quienes lo había abandonado todo.

Empecé por organizar la cristiandad central, que sólo tenía, como antes he dicho, obras provisionales. Para realizar este primer proyecto necesitaba dinero. «Dad y se os dará,» dice la Sagrada Escritura: hice, pues, el sacrificio de mi modesto patrimonio, luego imploré la caridad pública; gracias á Dios, después de innumerables fatigas y privaciones, pude llevar á cabo la obra emprendida, y el año pasado, en el día de Pascua, tenía la dicha, delegado por mi señor Obispo, de bendecir la nueva Misión de Sendai, iglesia, salón de conferencias, casa para el catequista y presbiterio. Para acabar de pagar la iglesia tuve que hacer un empréstito de 500 francos.

Apenas terminado este primer trabajo, debí reparar la iglesia de mi segunda cristiandad, cuyo techo habían destruído las hormigas blancas; el peligro era inminente y no había tiempo que perder.

A pesar de las deudas contraídas para acabar la primera obra, manifesté mi apurada situación á algunas personas caritativas, y la Divina Providencia se dignó proporcionarme la suma necesaria para llevar á cabo este nuevo trabajo. Por fin, en Enero último logré ver reconstruído el techo de la iglesia.

Mis dos cristiandades están, pues, instaladas con suficiente solidez para vivir cincuenta años; ahora mi única preocupación es edificar el templo espiritual. Para esto necesito también recursos: primero para pagar la deuda de 500 francos, y luego para tener con qué mantener un par de catequistas, auxiliares indispensables del misionero.

Desde el primer instante de Misión, puse con ardor manos á la obra, dispuesto á no cejar hasta el fin; hasta el presente he sido fiel á mi promesa, y cada vez me siento con más alientos confiando en el porvenir. El año pasado tuve la dicha de regenerar once paganos. No hay duda que mis dos cristiandades de Sendai gozan de vida próspera, y que esta tierra, santificada por

haberla visitado San Francisco Javier, rendirá en breve nuevas cosechas de cinco mil almas. Los tiempos han cambiado, y es muy duro para el pobre misionero no poder hacer todo el bien que desearía por falta de dinero.

KESSAB (SIRIA)

Nuevos detalles

De una correspondencia de Kessab (Siria), teatro de los tristes sucesos de que hablábamos en los últimos números, extractamos:

DESDE el anterior general degüello de hace catorce años, Kessab y demás aldeas cristianas pudieron librarse casi por milagro; pero los turcos no perdían de vista la ocasión de realizar sus depravados fines. Llegaron por fin los presentes días de anarquía y desórdenes por que atraviesa este imperio. La ocasión era oportuna. Y en efecto; de los países circunvecinos no tardan en llegar noticias de que los turcos se organizan y arman hasta los dientes. Nuestros cristianos se atemorizan; y después de varias reuniones entre los mismos, deciden prepararse á la defensa.

Examinóse el estado en que para esto se encontraban, y apenas si llegaron á reunir 500 fusiles, entre buenos y malos, con la particularidad, que de fusiles sistema Marlin que usa la tropa, sólo había unos cinco. Tampoco se disponía de pólvora y plomo, originándose de aquí la mayor consternación. El P. Sabatino del Gaizo, mi compañero de Misión, comprendiendo de sobra el peligro, organizó la multitud en compañías y secciones, y animándolos á defenderse, designa á cada uno su puesto, recorre en persona los sitios más estratégicos y reanima con su presencia á los pusilánimes. Al propio tiempo fueron enviados algunos por municiones al puerto de Lataquía. Por último, después de prepararse todos á la muerte y de recibir la absolución sacramental, los hombres de combate corrieron á ocupar los puestos señalados de antemano, mientras que los ancianos, mujeres y niños se consagraban á pedir al Señor no los desamparase en aquellos momentos.

Llegó el 23 de Abril; y no bien amaneció, cuando rompió el fuego del enemigo por la parte más elevada de la montaña del Casio. Los cristianos no dormían; al fuego respondieron con fuego. Después de media hora de tiroteo, los turcos se retiraron en la dirección de Ordu, villa turca, dejando á nuestros cristianos poco menos que satisfechos y casi victoriosos. Pero de pronto el enemigo se rehace y sus hordas se multiplican como las hormigas. De todas partes llega gente de refresco. A la cabeza vienen los mismos santones é imanes que con su bandera religiosa pregonan la guerra santa contra el cristiano para vengar su fe, y enardecen de tal manera á los suyos que, cual torrente á punto de desbordarse, esperan ya impacientes se dé comienzo de nuevo á la refriega. En efecto, los turcos arremeten de nuevo contra las avanzadas cristianas: á los que caen se suceden otros, y hacen en fin el asalto en semicírculo en una extensión de cerca de tres leguas. El Misionero franciscano recorre los puntos más amenazados, infunde aliento á todos y anima á la resistencia. Sin embargo, el P. Sabatino comprende muy bien que es

inútil resistir á más de 17,000 enemigos, sedientos de sangre cristiana, que están á punto de cortarnos la retirada. La parte occidental de Kessab y que está distante del Mediterráneo dos horas y media, era el único punto libre para la huida. Yo estaba encargado de vigilar y defender la retirada, á cuyo fin me mantenía en continua comunicación con el Padre Presidente de La-taquía, el cual con el señor Cónsul francés nos libraron de una muerte segura, según diré más adelante.

Como digo, el asalto era general y terrible. Los cristianos, que en un principio combatían con valor, fueron cediendo por instantes, ante fuerzas enormemente superiores. Sin pérdida de tiempo, el P. Sabatino hizo retirar hacia el mar por el valle de Karadurán á todos los niños, mujeres y decrepitos. No habían pasado tres horas de combate, cuando el enemigo, después de apoderarse de las aldeas vecinas, hizo irrupción en Kessab á sangre y fuego. Ya los pobres kessabinos no pensaban entonces sino en la fuga, aunque hacían certeros disparos sobre el enemigo.

Entretanto los invasores musulmanes se entregaban al pillaje y saqueo y al degüello de aquellos que no tuvieron tiempo de fugarse. Era un espectáculo horrible ver como aquellas hordas salvajes se vengaban en los infelices que no pudieron huir y en los que cayeron heridos. Se cuentan casos de algunos que fueron quemados vivos, y de maridos que fueron degollados en presencia de sus desgraciadas mujeres. En su afán de destrucción, no perdonaron ni aún á las abandonadas casas, sino que una vez saqueadas, las rociaron con petróleo y les dieron fuego. Bien pronto Kessab quedó convertido en una inmensa hoguera de cerca de 2,000 casas. No llegó á salvarse una cuarta parte. Nuestra Casa-Misión, con todo cuanto en ella había, fué pasto de las llamas. Nuestra pequeña iglesia y siete escuelas saqueadas.

NOTICIAS VARIAS

Egipto.

Congreso de Arqueología de El Cairo.—Según comunica don José Ramón Mélida, representante de España en el Congreso internacional de Arqueología del Cairo, éste celebró su primera sesión el día 11 de Abril, bajo la presidencia del Jerife Abbas Hilmi, y la de clausura el día 14, habiéndose tratado de temas interesantísimos y acordado promover y facilitar, mediante el abaratamiento de los viajes, las visitas al país de los Faraones. El próximo Congreso, se verificará en Roma en 1911. Terminadas las tareas del Congreso fueron obsequiados los congresistas por el Jerife con un té en su magnífico palacio de Abdine. También fueron obsequiados por el Gobierno egipcio con una excursión al dique del Nilo, donde comienza el Delta, y con espléndidas *soirées* por los embajadores de Francia y Alemania.

Marruecos.

El telégrafo.—La Dirección de Telégrafos del Gobierno imperial de Marruecos, por conducto de la Oficina Internacional, notifica que se ha abierto al servicio internacional, por medio de la telegrafía sin hilos, la comunicación entre Tánger, Rabat, Casablanca y Mogador, la cual se considerará como continuación de la red telegráfica, y no como una comunicación radio-telegráfica propiamente dicha.

Según comunica la Administración francesa, de acuerdo con la Dirección de Telégrafos marroquí, y por el mismo conducto citado, las correspondencias con Rabat, Casablanca y Mogador pertenecerán al régimen europeo y estarán sometidas á las disposiciones del reglamento telegráfico internacional.

La tasa para Rabat, Casablanca y Mogador es la misma internacional para Tánger, aumentada en 0'50 francos por palabra.

Esto es: vías Ceuta ó cable francés, Cádiz ó Cádiz Easterns, ó Vigo Easterns, ó Gibraltar Easterns, 0'20 más 0'50; igual 0'70 francos la palabra.

Vía Francia. Orán, 0'40 más 0'50; igual 0'90 francos, y vía cable Barcelona. Orán, 0'60 más 0'50; igual 1'10 francos por palabra.

También pueden expedirse telegramas de prensa por todas las vías para las estaciones mencionadas, con las tasas reducidas á su mitad.

Tumbuctu.

Nueva línea telegráfica.—Se está trabajando con actividad en la construcción de una nueva línea telegráfica francesa entre Tumbuctu, Orán y San Luis del Senegal.

Puerto Príncipe (Haití).

Observatorio meteorológico.—Como se ha dicho repetidas veces, no existe ramo del saber humano al cual no hayan contribuido con sus esfuerzos los misioneros. El Rdo. P. Alejandro Guasco publicó no ha mucho un sorprendente resumen de los trabajos científicos realizados por los apóstoles del Evangelio. La siguiente nota del Rdo. P. Baltenweck, entresacada de los *Annales Apostoliques* de la Congregación del Espíritu Santo, dará un ejemplo de esta preciosa colaboración.

«El mar de las Antillas ha sido famoso en todo tiempo por la frecuencia y la intensidad de sus ciclones, los cuales, después de haber devastado las islas, hacen sentir sus efectos en las costas mejicanas y también en las de los Estados Unidos. Cada verano se sufren varias veces estos azotes, más ó menos terribles según los caprichos de su trayecto. Estos fenómenos obedecen á leyes cuyo conocimiento, que va perfeccionándose más y más cada día, permite, si no alejar el peligro, por lo menos preverlo, y por consiguiente atenuar sus efectos.

«Esta situación particular, junto al invariable clima de las Antillas, hacen que el estudio de la meteorología sea fructuoso á la par que interesante. Con esta idea se fundó y ha venido desarrollándose el Observatorio meteorológico del Colegio-Seminario de San Marcial, en Puerto Príncipe.

«Los primeros trabajos meteorológicos llevados á cabo en Puerto Príncipe datan de 1865, época en que M. Ackermann, profesor del Liceo Nacional, hizo, durante dos años, observaciones muy preciosas, que luego fueron publicadas en los *Anales Meteorológicos de Viena*, gracias al celo del Rdo. Padre Scherer, director del Observatorio de San Marcial.

«En 1885, el Rdo. P. Weick, profesor de Ciencias en el Colegio de San Marcial, empezó una nueva serie de observaciones. Los principios fueron muy modestos, pues los recursos eran escasos, los aparatos pocos y las múltiples ocupaciones del Padre no le permitían emplear en este trabajo el tiempo necesario. La llegada del P. Scherer dió á la obra nuevo impulso. Este nuevo director, joven y lleno de actividad, consagró su vida, sus fuerzas y sus vastos conocimientos científicos al desarrollo de las observaciones meteorológicas. Algún tiempo después, una subvención del Gobierno haitiano permitía adquirir nuevos aparatos. A partir de 1887, pudieron reunirse en San Marcial un conjunto de observaciones

muy completas, indicando, hora por hora, la presión barométrica, la temperatura, el estado higrométrico del aire, etcétera, etc.

«Los resúmenes de estas observaciones han sido publicados hasta el presente en los Anales de las oficinas meteorológicas de París y de Viena. Desde 1905 una modesta Revista mensual publica también un breve resumen de las observaciones llevadas á cabo en San Marcial, así como los datos pluviométricos y climatológicos suministrados por las veinticinco estaciones establecidas en distintos puntos de la República haitiana por iniciativa del Rdo. P. Scherer. Sería de desear que fuese más importante esta publicación y que permitiera dar detalles más completos de los trabajos del Observatorio; hasta el presente los recursos no lo han permitido.

«Actualmente el Observatorio de San Marcial cuenta con numerosos aparatos que le permiten estudiar los elementos de climatología. Como era deber, en este país tan volcánico, no se han olvidado los instrumentos sísmicos: continuamente funcionan seis aparatos. El principal, un péndulo vertical de 100 kgrs, por 4 metros de altura, registra, ampliándolas, las sacudidas microsísmicas. Se estudian varios perfeccionamientos para darle mayor sensibilidad y precisión. Se le añadirán dos péndulos horizontales.

«Tampoco se ha olvidado la astronomía. No podía pensarse, dada la modicidad de los recursos y el poco tiempo de que dispone el personal del Observatorio, en desarrollar mucho el estudio profundo de los astros. Esto requiere la instalación de valiosos aparatos. El Observatorio sólo cuenta con un anteojo meridiano, construido por M. Mailhat, óptico del Observatorio de París. Este instrumento, que permite obtener la hora exacta, ha sido en ocasiones de grande utilidad para los oficiales de los navíos extranjeros anclados en la rada, permitiéndoles afinar su cronómetro.

«En fin, desde el 1906, tiene el director del Observatorio de San Marcial á su cargo el servicio de vigilancia de los ciclones, organizado por el *Weather Bureau*, de Washington. Este servicio consiste en noticias telegráficas, que se dan diariamente á hora determinada, y por las cuales se conoce á cada instante el estado de la atmósfera en el mar de las Antillas. En cuanto empieza á formarse un ciclón, se avisa telegráficamente á las estaciones interesadas. Por esto, el 28 de Septiembre del pasado 1908, cuando el paso de un ciclón muy violento, que hizo grandes estragos en Guadalupe y Santo Domingo, no se tuvo que deplorar en Haití ningún naufragio. Todos los puertos habían sido cerrados á tiempo, gracias á este servicio de información.

«Tales son los resultados de más de veinte años de labor y de infatigable perseverancia por parte del director del Observatorio de San Marcial, el Rdo. P. Scherer. No le han faltado trabajos y contrariedades; pero ahora puede congratularse de haber hecho una obra sólida y fructuosa.»

India inglesa.

Los terroristas.—Todavía se recuerda la emoción causada en Inglaterra por los atentados revolucionarios cometidos el año último en la gran colonia británica del Indostán. No se pasaba entonces una semana sin que los partidarios de la propaganda por la acción dejasen de lanzar alguna bomba de dinamita en Calcuta ó en alguna de las grandes ciudades de Bengala, y la emoción fué tanto más viva en Inglaterra, en cuanto los indios revolucionarios habían adoptado para su propaganda por la acción contra los amos de su país los métodos anarquistas europeos.

Para hacer más eficaz esa propaganda, los terroristas de la

India reclutaron millares de jóvenes, que fueron agrupados en batallones y á los que dieron una organización militar. Efectivamente, en ciertos días los grupos de Mataram jugaban á soldados y aprendían el manejo de las armas; éstas debían servirles contra un adversario que no se determinaba, pero que no era otro que el inglés, el enemigo secular.

En un principio el Gobierno de la India no concedió gran importancia á la formación de aquellos batallones de muchachos jóvenes; pero cambió de parecer cuando supo que los pretendidos soldados de afición formaban parte de una formidable asociación secreta y que debían tomar parte en un movimiento insurreccional para expulsar á los ingleses *manu militari*. Más tarde, cuando se vió á á los indios atentar contra la vida de altos funcionarios, las Autoridades practicaron una información y descubrieron la trama de una conspiración anarquista en regla, y se comprobó que los principales conjurados, para mejor lograr la educación de sus afiliados jóvenes, habían abierto escuelas especiales, en donde se enseñaba á construir aparatos explosivos, según los más seguros procedimientos científicos.

Gracias á las enérgicas medidas de represión tomadas por las Autoridades locales inglesas, las cuales, de acuerdo con el Gobierno de Londres, pusieron presos á los principales conspiradores, ordenaron la disolución de las sociedades secretas y disolvieron los grupos de Mataram, los indios hostiles á la dominación inglesa no habían hecho hablar gran cosa de ellos de algunos meses á esta parte: mas no cesaron á lo que parece en su deseo de mantener la agitación política, y lo prueba un reciente telegrama de Calcuta que denuncia un recrudecimiento de la efervescencia en la Bengala oriental. En la expresada provincia se han efectuado mítines en los que se han votado resoluciones de simpatía en favor de los indios recientemente deportados ó condenados por los tribunales.

Ahora hay que añadir á dicha agitación el asesinato cometido días atrás en Londres. Dhingra, el estudiante indio que asesinó á Sir W. Curzón Wyllie, el secretario político del ministro de Indias, ¿obró satisfaciendo una venganza personal, ó trabajó por cuenta de los terroristas de la India? Hasta aquí el misterio no se ha aclarado, pero la mayoría de los periódicos de Londres piensan que se trata de un asesinato político. La *Pall Mall Gazette*, por ejemplo, estima que este asesinato es el resultado de la tolerancia que muestran las Autoridades con respecto á los anarquistas indios últimamente refugiados en Francia é Inglaterra, y el mismo periódico pide después que se intente conseguir la extradición de varios indios muy conocidos que viven en Francia, en donde dirigen una campaña criminal en diferentes publicaciones, una de las cuales circuló por Londres sin que se piense siquiera en prohibirla.

Hupé Oriental (China).

Progresos del Catolicismo.—El año de 1908 fué para los misioneros Franciscanos de este territorio, altamente consolador, por los muchos frutos espirituales con que el Todopoderoso se dignó coronar sus fatigas en pro de los desgraciados chinos. Mil setecientos cuatro pobres paganos fueron regenerados con las aguas del Bautismo, aparte de 5,286 niños, hijos en su mayoría de padres cristianos.

El número de católicos confiados en el Hupé Oriental á los hijos de San Francisco es de más de 26,000; las iglesias y oratorios abiertos al culto no bajan de 120; los niños que acuden á sus escuelas suman un total de 8,053; los de su Colegio 30, los de su Seminario 27; y los de sus orfanatos 439. ¡Y

pensar que para toda esta grandiosa empresa de apostolado no cuenta el Vicariato de Hupé Oriental sino con 27 Religiosos y con 18 sacerdotes terciarios!...

Schen-si (China).

Los Misioneros.—Los Misioneros Franciscanos del Schen-si septentrional (China), cuyo número no pasa de 28, secundados por la actividad de 22 sacerdotes terciarios y de 23 Hermanas Franciscanas, se multiplican para prestar sus servicios en 205 iglesias y oratorios, en un Seminario, un colegio, 58 escuelas, etc. El número de católicos por ellos recogidos

llega á 25,116, y sus catecúmenos á 4,627, repartidos en 245 cristiandades. Los seminaristas son 24, los colegiales 49, los niños de las escuelas 507, los huérfanos por ellos recogidos 1,035, y los enfermos cuidados en sus hospitales 342. Durante el año último celebraron los Franciscanos del Schen-si 474 bautismos de adultos y 3,159 de niños, 244 matrimonios, etc. Los sermones predicados á sus fieles llegan á 7,200; los predicados á infieles no bajan de 9,659. ¿Hay entre los empedernidos panegiristas de la civilización moderna quien pueda ser igualado por sus trabajos humanitarios á los de la obra evangelizadora de los apóstoles del Schen-si septentrional?

SOBRE LA SANTA INFANCIA

(Continuación)



o hay atenciones suficientes para agasajarlos y mimarlos; y si acaso la madre se olvidase, no saliéndole del corazón, los palos, gritos y maldiciones del marido se lo recordarán, y la harán solícita en cumplir sus obligaciones maternas. Una cosa extraña para nosotros, y muy natural y corriente aquí, corrobora muy bien lo dicho.

Sucede que mientras una niña de unos meses, por ejemplo, no cuesta nada, pues muchas veces la ofrecen regalada, un niño en las mismas condiciones cuesta un ojo de la cara, y aun así apenas se puede encontrar. Pero mientras la niña, en proporción de que va creciendo, va aumentando en precio, el niño, por el contrario, lo disminuye, llegando á ser muy barato un niño á los 12 y 14 años. Es esto una cosa peculiar de China, y que, dado su modo de ser, tiene su explicación satisfactoria, á la vez que nos manifiesta la conveniencia y necesidad de la Santa Infancia.

Es moralmente cierto que una niña llegada á los cuatro ó cinco años, y mucho más llegando á la pubertad, tiene ya asegurada su existencia. Para los primeros años es para cuando hace falta la Santa Infancia.

No es tampoco que los padres chinos no quieran así en absoluto á las niñas. Lo que no quieren en ellas (supuesto su poco valer en el mercado) son las molestias y trabajos que lleva y trae consigo la infancia. Una vez salvados éstos, ya lo creo que aprecian á sus niñas, ó por lo menos lo que valen... las chapecas que sacarán de ellas cumplidos los diez años, ó desposándolas ó vendiéndolas por esclavas ó concubinas, ó de otros peores modos.

Lo que quisieran es que las niñas, objeto comerciable, tuvieran al nacer sus diez ó doce años; quisieran lo que no puede ser.

He indicado que la niña, al revés del niño, aumenta de precio según crece, mientras que aquél lo disminuye en la misma proporción. Aunque esto parezca difícil de creer, no hay cosa más cierta; fúndanse en que una vez criado y educado el niño en una casa, difícilmente se desprende de ella, acabando casi siempre mal todas las especies de adopción ó venta. Mientras que las niñas son criadas con doble sujeción material y moral, puede

decirse que el niño es educado con la mayor liberalidad que darse pueda, creyéndose ya desde los primeros años el rey y el amo de casa. Todo lo contrario las niñas. Bien persuadidas éstas de que su casa paterna no ha de ser su casa, pues necesariamente tendrán que salir de la familia, vendados sus pies ya desde los primeros años, sin poder apenas andar por casa, y mucho menos salir á la calle sin el auxilio de su bastón correspondiente, prácticamente se persuaden, no ya sólo de su inferioridad respecto del niño, sino de que llegada la hora tendrán que marcharse, de grado ó por fuerza, á la familia y lugar que sus padres ó parientes dispongan. Como cosa mamada con la leche é interviniendo sus progenitores, les parece lo más natural del mundo y que no puede ser de otro modo.

No sucede lo mismo con el hijo varón, de siete años para arriba, cuando por pobreza ú otras gravísimas causas tienen sus padres que deshacerse de él y venderlo al mejor postor. Si esto se hace en la menor edad del niño, cuando éste no tiene conocimiento, entonces, acostumbrándose *ab initio* á la nueva casa, y creyendo ver á sus verdaderos padres en sus compradores ó padres adoptantes, nada anormal pasa, y cuajan, como suele decirse. Pero cuando esto sucede en su mayor edad, débese sentar, por regla general, que no echará raíces en su nueva casa. He visto varios casos, he oído de otros muchos, y todos, absolutamente todos, han tenido un éxito desgraciado. Unos han emigrado, otros han preferido la vida de vagabundos y hacerse pordioseros antes que comer la morisqueta y adoptar el apellido del nuevo padre ó dueño. No sufre su carácter soberbio esta humillación, que considera como un negro borrón para toda su vida. Esta es por lo tanto una de las principales razones porque un niño en sus primeros años valga más que un adolescente ó un joven, y uno de los motivos principales porque en estas casas de la Santa Infancia no recibimos ningún niño en buen estado de salud.

Hay más: siendo tan general en España que los recién casados unas veces convivan indistintamente con sus padres y que otras formen familia aparte, aquí en China se consideraría como uno de los mayores pecados de ingratitud hacia los padres del novio, el que éste se separase del hogar paterno ó fuera á vivir en casa de la novia. Esto consideran los chinos como cosa deshonorosa.

*



NAGAPORE (INDOSTÁN).—RELIGIOSA ENSEÑANDO CATECISMO Á LOS NIÑOS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Thevened. (Pág. 153)

rosísima para sí y para toda su parentela. La novia tiene que ser llevada completamente encerrada en su silla (que no deja de ser una jaula más ó menos lujosa, pero siempre jaula) á la casa del novio, para que se vea que la vida de la mujer china se desliza toda entera en un misterioso encierro. ¡Ni siquiera para este traslado la dejan ir al aire libre!!!

Sólo en los pocos casos que el novio no tenga los 30 ó 50 ó 100 duros para comprar la mujer, y ésta tenga hacienda suficiente, es cuando permiten al novio entrar en casa de la novia, distinguiendo muy bien estos dos modos de casarse, llamando *chio-lang-jip* á este modo y *chhoa sin-nin* al anterior. En el primero manda la mujer, y en el segundo el marido.

Esto de apreciar más á los niños que á las niñas, sería lo de menos si considerasen en ellas, por lo menos, su carácter racional, cargado de deberes si se quiere, pero con sus derechos individuales, etc. Nada de eso. La niña escapada del infanticidio tendrá de todos modos que sufrir un doble martirio, moral y material las más de las veces. Su propia voluntad y su libre albedrío serán dones casi superfluos del Criador de que apenas podrá hacer uso. Según la calidad de las familias y haberes de la casa, estará mejor ó peor, pero siempre será una esclava toda su vida, estará pendiente de la voluntad de otros, llámense padres, marido, señor.

Llegará á mayor de edad, se casará si sus padres quieren.

El novio que guste á los padres, ése tendrá que ser su marido, si no á buenas, á malas. Lo más triste del caso es que ni aun los mismos padres se enteran personalmente de las cualidades y condiciones del novio, en la mayoría de los casos. Cosa tan importante y de consecuencia tanta se fía á intermediarios ó casamenteros

de oficio, personas de no muy buena fama y embrolladoras, que no se paran en barras para ganar sus chapequillas.

De ordinario la pobre interesada no sabe palabra de lo que se trama contra ella, y, como se suelen casar á pueblo distinto por cuestión de apellido, sucede que la primera vez que ve á su novio es cuando viene á buscarla.

Una vez casada, mejor dicho, vendida al mejor postor, nada tendrá que ver con la familia de sus padres. Es esto tanta verdad, que hasta deja el propio apellido por el del marido, y ordinariamente no es conocida por otro nombre que por el del mismo, añadiendo *só ó sú*.

Cuando es trasladada á su nueva casa, cargan en pos de ella sus baúles, mesas y hasta otros utensilios que las mujeres chinas usaban ya antes que existieran ingleses y americanos. Es

cosa curiosísima y digna de presenciarse una boda china. Todas sus ceremonias, hasta en sus nimios detalles, nos manifiestan la baja idea que tienen de la mujer. Cuantas veces he visto conducir una novia, y han sido muchas, siempre he notado que la pobre muchacha salía llorando, y llorando llegaba á su desconocido destino. El caso no es para menos, y por desgracia tiene motivos suficientes si contempla en lontananza su porvenir.

Voy á referir un suceso de que fui testigo, aunque la protagonista creía que nadie sentía sus penas. Estando en la administración anual de Sacramentos, en una cristiandad llamada Thien-pó, desde la habitación en que me encontraba presencié una escena verdaderamente desgarradora. Era una muchacha gentil, recién casada y que había reñido con su suegra... Salió de su casa escapando de los palos de aquella, y se paró en un patio cercano, á donde la suegra no pudo ó no se atrevió á penetrar. Había que oír á aquella joven desventurada, sumida en la más profunda desolación, considerándose encadenada por toda su vida á aquella durísima esclavitud y sin rastro de esperanza de verse libre de aquel cautiverio. Sentóse en un montón de paja, y mientras con sus manos formaba gavillas ó manojitos para cocer la morisqueta, se desató su lengua y dió rienda á su loco desvarío, prorrumpiendo como otro santo Job, aunque no con la misma resignación: «Perezca el día en que nací y la noche en que fui concebida...

«Ahora no tengo cielo ni tierra, *bo-thi bo té*, llamo á aquél y no me escucha, *hoah thi in thiam kio te in in*, no tengo á quien acudir, ni á los ídolos ni á los hombres, *bo-pi, bo-bó, bo i bo-óa*. ¡Oh muerte, redentora de todas las miserias!... ansiado sueño, ¿por qué no me embriagas con tu sopor? *ho-si á be-si*. ¿Acaso fui yo quien quise venir á esta casa? ¿Por qué me condujisteis para tratarme así?—(Continuará).

EN EL MUNI.—LA GRAN FIESTA DE LOS ÍDOLOS

(Continuación)



HORA, como complemento de lo que llevamos dicho, he aquí una breve descripción de las

Ceremonias en la adoración de los ídolos

El día anterior á la adoración, preparan las cosas necesarias para tan diabólica ceremonia.

Al efecto, el *Ngang* (hombre supersticioso, según los pámués), avisa á todos los que han de adorar al ídolo, para que estén preparados. Este mismo día se va al bosque, y arranca ciertos arbustos, que los pámués apellidan *Alán*; quita las cortezas de sus raíces, y las coloca en dos ó más platos, según sea mayor ó menor el número de los que han de adorar al ídolo.

Al día siguiente se reúnen todos los que forman parte de la misma familia, aunque residan en diferentes pueblos, para presenciar el acto.

Una vez reunidos, el *Ngang* hace una perorata, explicando, á su manera, el acto que van á realizar. Al terminar la perorata se acerca á los que han de adorar, y les da las cortezas predichas para que las coman.

Es de notar que dichas cortezas son muy amargas, y hacen perder el uso de los sentidos al que las come, causándole una especie de embriaguez. Y por esto, á los pocos minutos de haberlas comido, los que han de adorar al ídolo caen al suelo sin sentido.

Cuando, pues, el *Ngang* ha logrado ya embriagarlos, manda que los trasladen al lugar en donde él tiene preparado el ídolo cubierto con un lienzo para que nadie lo pueda ver.

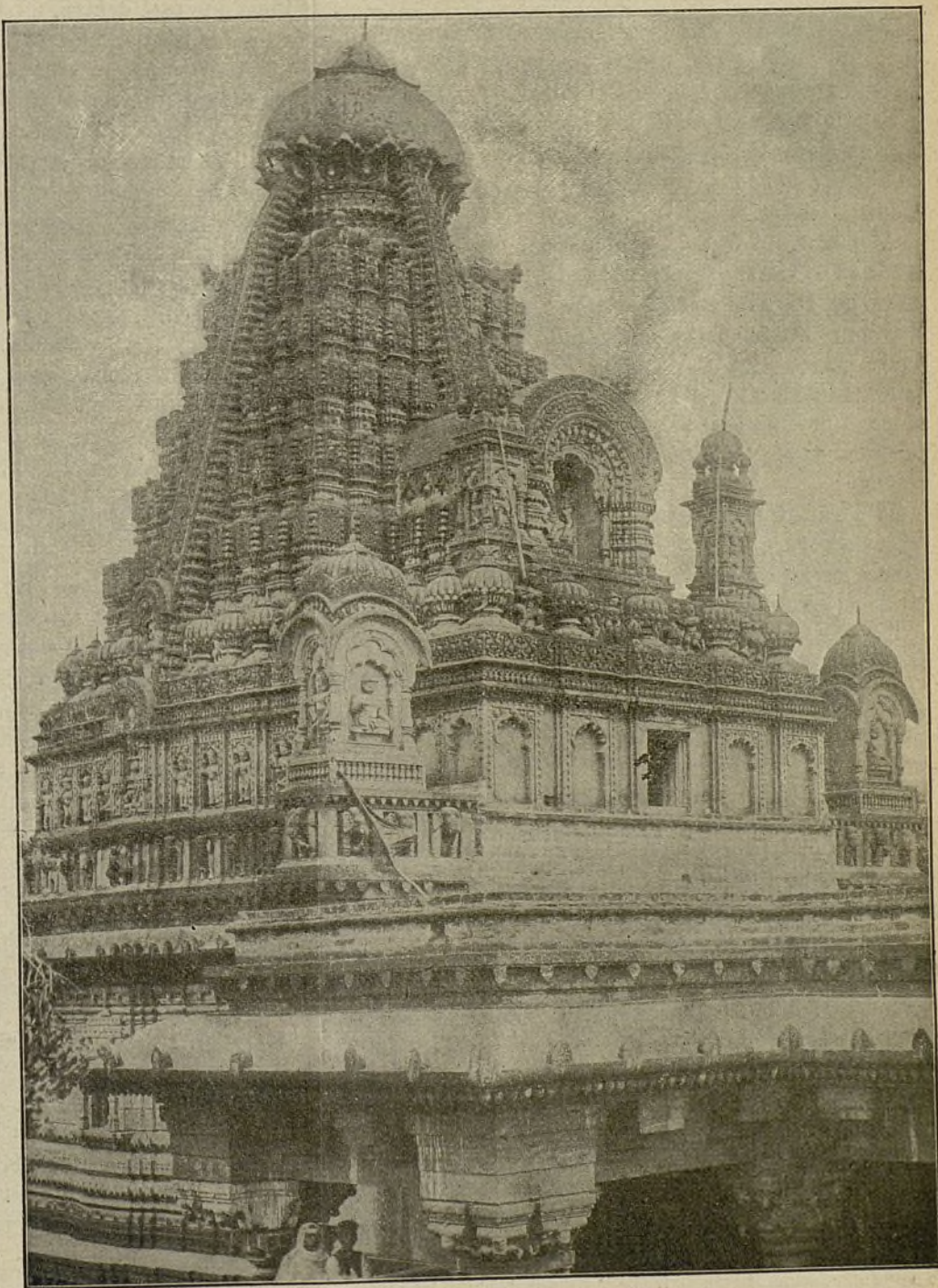
Puestos ya los infelices adoradores en presencia del ídolo, y sostenidos por otros para que no se caigan, díceles el *hechicero*,

mientras que poco á poco descubre el velo: *Mirad bien al ídolo*. Pero el estado de embriaguez en que se hallan, les impide verlo por más esfuerzos que hagan.

Terminada esta ceremonia, los llevan á sus casas para que durmiendo se les quite la embriaguez.

A la mañana del siguiente día les obligan á tomar un baño de cuerpo entero, á fin de que tengan las facultades y sentidos bien despejados. A seguida les hacen vestir la mejor ropa que tienen, siquiera sea un paño, y les mandan volver al lugar donde está el ídolo, para que lo vean mejor que el día anterior.

La causa de hacerles repetir esta ridícula ceremonia, es porque dicen que lo esencial de la adoración consis-



NAGAPORE (INDOSTAN).—TEMPLO DE EILORA.—Fotografía enviada por el R. P. Thevened. (Pág 153).

te: *En el acto de ver al ídolo, mientras el Ngang dice unas palabras en secreto.*

Refieren, asimismo, los pámués, que siempre que algún enfermo llama á uno de estos *médicos-supersticiosos* para que le cure, está obligado á entregarle una *gallina*. Luego la desangra cortándole un dedo de las patas, para mezclarla con agua y ciertas medicinas que tiene preparadas. Hecha esta composición, la aplica á la parte dolorida del enfermo, y observa atentamente si cura de sus dolencias; pues en caso negativo dicele que está enfermo por su culpa. Pero eso sí; tanto si cura como si no cura, la *gallina* ha de ser... ¿Para quién será?... Para el famoso *Ngang*... ¿Y si el pobrecito enfermo no tiene qué comer? ¿Qué importa? ¡que se muera! dicen ellos. ¡Y al que se muere lo entierran...!!!

¡Que el Señor se apiade de unos y otros, ya que tanto lo necesitan!

El ídolo del cesto

Voy á terminar esta larga relación, refiriendo un hecho, muy curioso por cierto, que me aconteció en una de las expediciones que hice al interior del Muni.

Salí de la Misión de Elobey acompañado de siete colegiales, muy diestros paletas, y nos dirigimos con rumbo al río *Utamboni*, uno de los afluentes mayores del Muni.

Al llegar á *Kangañi*, pueblo de la tribu *pámue*, situado en la ribera del mencionado río, encontré á un fervoroso cristiano, llamado *Luis Eyemama* (1), el cual quiso acompañarme como intérprete veterano que había sido de los misioneros. Acompañado, pues, de este fiel intérprete y de otros dos muchachos, me interné en el bosque, dejando á los colegiales-marinos para custodiar el cayuco *San Pedro Claver* é impedimenta de viaje.

Al llegar al pueblo que deseaba visitar, reuní, como de costumbre, á sus moradores para catequizarlos, bautizar á los pequeñuelos que no lo estuvieran, y confesar á los cristianos que lo desearan.

Terminada felizmente mi visita, y ya de regreso, oí que me llamaban gritando:

—¡A Parà! ¡A Parà!

—¿Quién me llama? pregunté á mis compañeros.

—Es un hombre que ya viene corriendo, me contaron.

Y aun no habían transcurrido cinco minutos, cuando vi llegar á un pobre hombre, medio desnudo, el cual, sin más saludos, díjome con la franqueza propia de los pámués:

—Padre, ¿quiere comprarme un ídolo que tengo en *Kangañi*?

Al oír tan inesperada propuesta, pensé para mis adentros, que *allí habría gato escondido*; por ser los pámués tan amantes de sus ídolos, que antes se dejarían arrancar *todas las muelas*, que desprenderse de ellos.

Quise, pues, averiguar la causa de querer venderme el *ídolo*, ya que era esta la primera vez que un *infiel* me hiciera tal propuesta. Y así le pregunté sin rodeos:

(1) Este pámue, que había sido educado y aprendido el oficio de carpintero en la Misión de Elobey, se hallaba ahora trabajando de su oficio en *Kangañi*.

—Dime, ¿por qué me quieres vender el ídolo?

—Porque ya murió el Jefe de mi pueblo, me contestó con la mayor frescura del mundo.

—Y bien, le repuse, ¿qué tiene que ver la muerte del Jefe con el ídolo?

—¡Oh! mucho tiene que ver; pues si él viviera, no se lo podría vender á ningún precio.

Receloso de la sinceridad de sus palabras, no quise ofrecerle un céntimo, sin ver antes el ídolo, por aquello de no quedar chasqueado; si bien, como después veremos, no por eso dejé de *caer en el garlito*.

Reanudamos, pues, juntos el camino hasta *Kangañi*, y nos dirigimos á la choza en que estaba el *ídolo*.

Tan pronto como lo divisé (1), dije al vendedor:

—¿Cómo quieres que te compre un ídolo tan sucio y repugnante como ese? ¿No ves que ni mirar se puede? ¡qué feo es!

—El cesto sí que es feo, me contestó; pero no el ídolo que está dentro.

—Sea lo que fuere el ídolo... ¡ójelo bien! lo único que te daré por él serán *tres hojas de tabaco*; y si no estás contento... allá tú con el cesto y el ídolo, pues que para nada lo necesito.

Al oír mi resolución quedóse algún tanto pensativo, por parecerle muy poco lo que le ofrecía; pero, al fin, convino en ello. Y, por cierto, que fué más bien un regalo que le hice; pues, como verá el lector, quedé muy chasqueado con el tal ídolo.

Aceptado el ajuste, nos acercamos los dos solos para cogerlo; ya que los muchachos no quisieron acercarse, *por miedo al ídolo*, y tan sólo desde la portezuela de la choza observaban cuanto hacíamos, dispuestos á la fuga tan luego como se imaginaran que *el ídolo salía del cesto para cogerlos*. Pero el miedo de los muchachos subió de punto por lo que nos sucedió al coger el *cesto*. Fué el caso, que deseando hacer ver á los tímidos colegiales, que el Padre misionero no tenía como ellos miedo á los ídolos, me apresuré á cogerlo yo mismo... Pero aquí me aguardaba un tremendo susto, bien á pesar mío. Porque tocarlo, y *saltar un grande ratón* de dentro del cesto... fué todo uno. Este extraño incidente, junto con el *cosquilleo* que al mismo tiempo sentí en las manos (eran las arañas de los adornos), hízome tal impresión, que espantado, mucho más que los niños, arrojé el cesto al suelo, creyendo que había algún *brujo*. Mas no paró aquí todo; porque viendo los muchachos lo que pasaba, huyeron despavoridos y gritando como locos: ¡¡¡Demonio!!! ¡¡¡Demonio, sale del cesto!!!...

¡Qué ilusión la de aquellos muchachos en aquellos momentos! Creían, llenos de espanto, que el *ídolo* se había escapado del cesto... Y el que suscribe, ¿por qué no decirlo?... se me espeluznaron los cabellos... no sé si de espanto ó de miedo...???

Mas no por eso abandoné el cesto del ídolo; antes, por el contrario, repuesto del susto, lo cogí de nuevo y lo saqué de la choza dejándolo en la calle para llevarlo al cayuco. Llamé luego ó los muchachos, y con el miedo que se deja comprender, lo trasladaron hasta la orilla

(1) Estaba en un rincón de la choza, cuyo *estuche* era un *cesto viejo de melongo*, sin más adornos que los fabricados por las arañas en que se hallaba envuelto (???...).

del río, colocándolo, por fin, en la proa del cayuco, y muy bien tapado, para que nadie lo viera.

Durante el trayecto que recorrimos hasta regresar á la Misión, un nuevo incidente que nos sobrevino hubiera dado al traste con el ídolo si yo no me hubiera opuesto. El hecho fué como sigue:

Serían las dos de la tarde cuando salí de la isla *Gande*, situada frente á la desembocadura del *Utamboni*, con objeto de visitar los cristianos de *Miguala*, pueblo de la tribu *pámue*, que se halla en la ribera del *Utongo*, frente á la citada isla.

A los diez minutos de bogar, fueron tan grandes las olas que por el costado azotaban nuestro cayuco, que nos vimos en eminente peligro de naufragar. Temiendo los muchachos que el ídolo era la causa de tan espantoso oleaje, dijeronme á voz en grito:

—¡Padre! Si no tiramos el ídolo al agua, moriremos todos aquí.

Al oír tales palabras, lleno de santa indignación les increpé diciendo:

—¡Cómo! ¿Sabéis, por ventura, lo que estáis diciendo? Tened entendido, que ni este ídolo, ni todos los ídolos y espíritus malos del infierno podrán, sin permisión de Dios, dañarnos en lo más mínimo. Así, pues, no hay para qué temer; lo que importa mucho es rogar á Dios y á la Virgen Santísima para que nos protejan, y hacer de nuestra parte todo lo posible para no naufragar. ¡Ea, timonel! rumbo constante de cara al viento para cortar las olas de frente... y vosotros, ¡muchachos valientes! remad fuerte y... ¡no temáis! que el Señor nos salvará, y para mejor conseguirlo, recemos con fervor tres *Ave Marias*...

Así lo hicimos en el acto; y ¡cosa admirable! fué tan grande el valor y la confianza que todos cobraron, que á los quince minutos nos hallábamos ya fuera de todo peligro, sin más percance que el haberseme mojado la sotana y el breviario; por lo cual no pudimos menos de rendir mil acciones de gracias á nuestra celestial Bienhechora, la Sacratísima Virgen María.

Al día siguiente regresamos á la Misión; y como era natural, luego de haber llegado, presenté el *cesto del ídolo* á mi reverendo Padre Superior, creyendo que había alcanzado un nuevo triunfo de los infieles, y conquistado una *joya de arte* para figurar en un museo...

Pero ¡qué sorpresa tan grande la mía al saber su contenido!!

Pues como el Padre Superior, práctico conocedor de los *pámues*, sospechara, por las cosas que le dije, que allí no habría tal ídolo; reunió á todos los niños del Colegio para darles un buen jolgorio presenciando la *apertura del cesto*... Y cuando ya la mayor parte de ellos temblaban de pies á cabeza, y se preparaban para huir corriendo por miedo al ídolo... apareció en el fondo del cesto... ¿qué había de aparecer??? el nido de aquel ratón que tan grande susto me había dado al cogerlo...!!!

—¡Bendito sea Dios! exclamé al verme tan chasqueado... Mientras que los colegialitos hacían grande algazara quemando en una hoguera el cesto del supuesto ídolo...

Sea todo para mayor gloria de Dios y del Purísimo Corazón de María, y conversión de los pobrecitos infieles de nuestra amada Guinea Española. ¡Fiat!

GABRIEL MARTÍ, C. M. F.

EXCURSION APOSTÓLICA POR EL BERAR (INDOSTÁN)

POR EL RDO. P. THEVENET, DE LA CONGREGACIÓN DE SAN FRANCISCO DE SALES, DE ANNECY, MISIONERO EN LA DIÓCESIS DE NAGAPORE

Nuestros lectores leerán con interés estos pintorescos y edificantes detalles acerca los incidentes de la vida apostólica en la India central. El Berar es un territorio inglés del Norte del Dekhan, cuya extensión es la de cuatro ó cinco provincias españolas. Está poblado por unos tres millones de habitantes.



En aquí algunos detalles acerca mi última excursión por los pueblos del Berar.

Salí de Ellichpur el 8 de Enero, y regresé á mi residencia el 23 del mismo mes. Quince días duró, pues, mi excursión.

En cada pueblo pasé un día entero. He aquí el programa de tales jornadas:

Por la mañana, al apuntar el alba, celebración de la Santa Misa, á la que asistían los chicos de la escuela y algunos Mahars. Luego empezaban los exámenes de los chicos: Catecismo, Historia Sagrada, Gramática, Aritmética, etc. Después les dictaba una hora. Y, en fin, venía la distribución de medicinas, que no duraba menos de tres horas. Esta era la labor más penosa, pero también la más consoladora, á causa de las múltiples simpatías que con ella me captaba. Apenas abría mi dispensario ambulante, multitud de enfermos acudían

de todas partes. Saben por experiencia que el Padre es bueno para con los que sufren, que sus medicamentos son excelentes y además... gratuitos. Por esto en un momento me veía rodeado de enfermos que me solicitaban de todos lados.

Todos querían que les sirviese á un tiempo.

—¡Padre, gritaba uno, proporcionadme un medicamento contra la sarna que cubre mi cuerpo!

—¡Padre, gimoteaba otro, quitadme ese maldito reumatismo que me atormenta hace cuatro años!

—¡Padre, gemía una madre angustiada, librad á mi hija de la lepra!

Y así por el estilo. Considerad, pues, qué efecto produciría en mis nervios un concierto de este género. No me quedaba otro remedio que cargarme de paciencia.

Hasta después de haber repetido infinidad de veces: «¡Calma, amigos, calma, que todos seréis servidos!» no lograba hacerles comprender que no podía atender á todos á un tiempo.

Durante tres horas, desde las nueve de la mañana hasta mediodía, veía desfilar delante de mí el cortejo de todas las miserias humanas: sarnosos, calenturientos, legañosos, hidrópicos, cancerosos, apestados, tu-

berculosos. A todos daba el medicamento que reclamaba su estado, acompañándolo de algunas palabras de consuelo. Y todos se marchaban contentos y satisfechos, bendiciendo la Religión que inspira á sus ministros tanta abnegación para con los desheredados de este mundo.

¡Quién podrá describir jamás el agradecimiento de estos pobres enfermos curados, librados de afecciones á veces mortales! ¡Qué sincera alegría saben demostrar al Padre cuando vuelve á pasar por su pueblo!

Cuando mi última excursión, al llegar á Bandarez se me presentó una mujer, que se echó á mis pies, queriendo besármelos—es la mayor prueba de respeto entre los indios.—La hice levantar, preguntándole el motivo de sus prostraciones.

—Mi hijo, me contestó, se moría. Una pleuresía, que los médicos del país no habían podido curar, la mataba. Pero vino V., y la curó. Usted es, pues, nuestro verdadero padre.

¡Cuántos enfermos han curado mis píldoras de quinina y de creosota!

Cuando la peste causaba mayores estragos, había tal inmunidad entre mis pobres Mahars, que no tardó en propagarse la voz de que el terrible azote obedecía á mis órdenes.

—¡Ved qué rareza, decían las gentes; mientras que cerca del Padre se vive preservado de la peste, en otras partes todo el mundo muere víctima de ella!

El Divino Maestro y sus discípulos se captaban las simpatías de las poblaciones curando á los enfermos. Una vez devuelta la salud á los cuerpos, emprendían la curación de las almas. Este ejemplo debemos seguir, pues, los misioneros. Por desdicha no todos hemos sido favorecidos con el don de los milagros, *gratia curationum*, como dice San Pablo. Sin embargo, debemos dar gracias á Dios, puesto que con el auxilio de la ciencia nos permite aliviar tantos males.

En cada excursión que hago visito unos mil enfermos aproximadamente; siendo como son estas excursiones mensuales, cada año vienen á ser unos doce mil enfermos los que participan de mis remedios y de mis prescripciones médicas.

¡Pero qué estragos causan en mi pobre bolsa tan benéficas visitas! Anualmente me cuestan unos 500 francos. Las quince escuelas de la Misión absorben el resto de mis recursos: si no hay quien venga en mi ayuda ¡ah! me veré obligado á renunciar á mi dispensario ambulante. ¡Qué desgracia si esto sucediese! ¡Prepara tan bien el terreno para la gracia!

Pero, acabemos el relato cómo empleo el día. Al mediodía cierro la botica, como apresuradamente, y emprendo la marcha hacia al pueblo vecino rezando mi breviario. Los bueyes, que han descansado toda la mañana, avanzan alegremente, y á la caída de la noche llego á un nuevo pueblo. En cuanto los niños me ven, corren por todas partes gritando alborotadamente: *Father allé! Father allé!* («¡ha venido el Padre!»). A este grito sucede otro muy hermoso: *Jeshu Christo la gawrené assó!* («¡Gloria á Jesucristo!»).

Arrodillanse al rededor de mi carreta, y empieza el rezo del Santo Rosario, que ofrecemos por las necesida-

des de la Misión y de nuestros bienhechores. Luego sigue un cántico, después la oración de la noche, y con ella termina el trabajo... de los niños.

Pero no el mío. Tengo que dar todavía una conferencia sobre Religión á las personas mayores. Son las siete de la tarde: los Mahars regresan del campo, y es la única hora en que el misionero puede reunirlos. Esta conferencia consiste, las más de las veces, en una comparación entre la Religión cristiana y la india, lo cual se llama, en marathi, *dhermetulla*, esto es, peso de las religiones. En un platillo de la balanza, el misionero, ó en su defecto el catequista, coloca el culto indio con todas sus ridículas é innumerables divinidades; en el otro coloca el Cristianismo con su Dios Salvador. La balanza, claro está, se inclina del lado de nuestra santa Religión; pero no por esto se deciden todos á abrazarla. Algunos hay, sin embargo, que tienen bastante valor para triunfar de los obstáculos que opone la cuestión de las castas.

Mi jornada ha terminado: son las once de la noche, y hay que descansar lo que se pueda.

Digamos ahora algunas palabras acerca de la peste, que ha venido, por segunda vez, á visitar nuestros pueblos. No ha mucho invadió el de Akot, en donde hizo un millar de víctimas. Ahora ha sentado sus reales en el de Akolí. En cuanto hizo su aparición, aconsejé á los Mahars abandonar el pueblo. Algunos obedecieron: otros, desdeñando mis advertencias, permanecieron en sus cabañas, confiando en un *fakir* (1) mahometano que con su magia había sabido fascinarles. El tal *fakir* pretendía, mediante dos rupias por familia, ahuyentar la peste. Muchos fueron los que se dejaron engañar á pesar de mis advertencias. Sólo en un mes fallecieron dieciocho de estos últimos, mientras que, gracias sean dadas á Dios, de los que fueron dóciles á mis consejos no falleció uno siquiera.

¡Cuán tristes escenas se presencian en tiempos de peste! En una casa de Akolí vivía una pobre viuda con su hijo único, de quince años de edad. El hijo fué atacado de peste. La desdichada madre, que vivía al día, como suele decirse, tuvo que abandonar el trabajo para cuidarle. Pero pronto fué contagiada ella también. ¿Quién cuidará ahora de los dos pobres enfermos? El terror que infunde la peste aleja de ellos parientes y amigos. Miguel, profesor de una de las escuelas, dió verdaderas muestras de caridad, yendo tres veces diarias á llevarles medicinas y alimentos. Gracias á estos cuidados, pudo arrancarles de las garras de la muerte.

De los quince pueblos que comprende la Misión, trece fueron pasto del contagio, y en todos ellos mis maestros de escuela se portaron heroicamente, consagrándose por entero al cuidado de los enfermos. Estaban convencidos de que el Señor, en recompensa de su caridad, velaría sobre ellos y sobre sus familias. Sus esperanzas fueron atendidas. Ninguno fué víctima del terrible azote.

¡Dígnense las almas buenas tener compasión de mis pobres enfermos!

(1) Santón mahometano que vive de limosnas y que se entrega á menudo á un ascetismo extremado.

ENTRE LOS «DURMIENTES»



El Gobernador de Uganda, en el Africa Central, ha escrito una carta al *Times* de Londres, en la cual alaba la caridad heroica de los Padres Blancos por los cuidados que dispensan á las víctimas de la enfermedad del sueño. Traducimos aquí una parte de su relación:

«Hace poco, tuve ocasión de visitar el Refugio que los Padres Blancos han establecido para los desdichados «Durmientes» en Kisoubi, no lejos de Kampala. Cuando los indígenas se cercioraron que esta enfermedad era infecciosa, empezaron á echar á sus víctimas fuera de las aldeas. Los caritativos misioneros, despreciando el propio peligro, recogieron un gran número de los pobres abandonados y se dedicaron á cuidarlos.

«Los Padres reciben, mantienen y cuidan estos infortunados sin ninguna distinción de religión ó condición. Durante los últimos cinco años han mantenido constantemente en su hospital un centenar de «Durmientes» y han cargado con todos los gastos del establecimiento. Los quinientos que duermen el último sueño en el cementerio de los Padres son una prueba palpable de cuán ineficaces son todos los remedios que la ciencia médica ha inventado para hacer desaparecer la enfermedad.

«Al tiempo de mi visita habría ciento diez pacientes en el Refugio. Los hombres y las mujeres se hallaban en diferentes recintos. Los pacientes estaban también divididos según el grado de adelantamiento de su enfermedad.

«En un patio había un grupo de niños que ya llevaban los primeros síntomas de la terrible enfermedad. Los negritos no sospechaban aún la suerte que les esperaba y jugaban á la sombra de un banano. La hinchazón de las

glándulas del cuello era la única señal que indicaba que habían sido atacados por la enfermedad.

«Desde este recinto pasé á una serie de cobertizos escondidos en parte detrás de un bosque de bananos. Aquí estaban los pacientes que habían llegado al segundo período de la enfermedad. Parecían sufrir agudas penas. En lugar de quedarse debajo del apacible abrigo de sus cabañas, los «Durmientes» estaban echados ó acurrucados debajo de los perpendiculares y tórridos rayos del sol. A pesar de esto, muchos de aquellos infelices tiritaban de frío y envolvían con cuidado sus demacrados cuerpos con las pieles que les servían de vestidos.

«Continuando nuestro camino, llegamos á los que se hallaban en el último período del «Sueño.» Los enfermos estaban acostados en camas de hojas secas y parecían meros esqueletos humanos. Los ligeros suspiros que de vez en cuando se escapaban de sus labios eran las únicas señales de vida que daban.

«Había pacientes á quienes la violencia de la enfermedad había sacado de sus sentidos. Su insensibilidad es preferible al estado de sus compañeros que no han perdido el conocimiento; pero las delirantes carcajadas que lanzaban eran un sonido terrible para nuestros oídos.»

Acabada la visita el Gobernador preguntó á monseñor Streicher, el obispo de la Misión, si podía hacer algo para dar algún gusto y alivio á los que se hallaban en el segundo recinto. El Obispo le contestó que los «Durmientes» eran atormentados por un hambre voraz y casi insaciable. «En vista de nuestra falta de recursos nos vemos obligados á alimentar á estos desdichados con la mayor economía posible. Por las plantaciones de bananos que nos rodean, puede V. colegir que las bananas forman su comida principal, y por lo tanto los enfermos apetecen mucho la carne.»

Cuando el Gobernador anunció que se les serviría un plato de «beef» aquella tarde, los que se hallaban menos tullidos empezaron á dar saltos de alegría.

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA

DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

Su casa dista de la nuestra un cuarto de hora. Durante el tiempo que pasamos en Monte F... apenas transcurre semana sin que nos veamos. Anteayer madre é hijas comieron con nosotros. Y gozamos unas horas felices, pues Eugenia y Clotilde quieren á los niños con delirio, y para éstos son sus visitas fiestas que desean y añoran. Proyectan y organizan grandes excursiones. Después de la citada comida estaba la tarde deliciosa y acordaron ir al bosque; les concedí permiso para pasarse dos horas. María, como se sintiera algo fatigada, prefirió quedarse en casa. Con la Sra. de B. la acompañamos. Hablamos de nuestros hijos, en particular de los

ausentes y de cómo se pasa la vida. La Sra. de B. parecía gozar de salud excelente. Los excursionistas regresaron á las cinco cargados de flores, las primeras de la estación, que cogieron de los árboles que umbrean el camino. Eugenia creyó observar que su madre estaba más encarnada que de ordinario. Acercándose le preguntó cómo estaba.

—No muy bien, le contestó; pide el coche que nos marcharemos.

—¿Pues qué, señora, no cenarán con nosotros? nos lo había prometido...

—Aceptaría con gusto su amable invitación, pero

siento inexplicable malestar: si nos lo permiten nos iremos en seguida, asegurándoles volver muy pronto á visitarles.

—Si se encuentra mal no se marchen, esperen.

Empezaba á inquietarme la creciente palidez de la señora de B.

—Prefiero partir, contestó con voz tan débil que apenas se oía.

Eugenia y Clotilde, de pie á ambos lados de su madre, la miraban asustadas.

—No es nada, hijitas mías, les decía, un malestar pasajero, debilidad...

Mi hermana la hizo beber unas gotas de éter, pero al parecer al menos la intensidad del mal aumentaba. De súbito una ola de sangre abrió los labios cerrados de la pobre madre. Sus hijas de rodillas á sus pies, le cubrían las manos de besos y la llamaban en vano, pues ya no podía hablar. Un ligero estremecimiento nervioso agitó su cuerpo, y dejando caer la cabeza sobre el pecho perdió el conocimiento.

La tendimos en un canapé. El Cura avisado con urgencia, y el médico que casualmente visitaba en el pueblo, llegaron casi al mismo tiempo.

Con mi hermana, á pesar de creerlo todo inútil, ensayamos cuanto juzgamos pertinente: fricciones, sinapismos... Eugenia y Clotilde no creían posible muerte tan inesperada, y confiaban ¡pobres muchachas! El médico, sin percatarse de ellas, después de haber tomado el pulso y auscultado el corazón de la paciente...

—¿Está grave? le preguntó Eugenia.

Se levantó, y dirigiéndose á mi dijo:

—Es todo inútil, ¡ha muerto!

Al oír estas palabras Clotilde se arrojó al cuello de su madre llamándola y besándola con loco desvarío.

Eugenia, cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Recemos... recemos por ella!

El Cura párroco rezó el *De profundis*. ¡Escena tristísima y de recuerdo indeleble!

¡Pobres jóvenes, horas antes tan alegres y felices, y ahora sin madre! El dolor de Clotilde se exteriorizaba en lágrimas y suspiros; el de Eugenia me asustó. Ni una palabra, ni una lágrima; pálida, la mirada fija en el rostro de su madre, parecía petrificada por el sentimiento. Y así permaneció largo tiempo. Al fin sobrevino la reacción y lloró como su hermana.

Gastón y Carlos cuidaron los tristes detalles exigidos por el terrible suceso. Para trasladar á su casa-torre el cuerpo de nuestra infortunada amiga precisaba permiso de la autoridad local; dos días se tardó en despachar los papeles. Transformamos el salón en capilla ardiente. Con María hicimos lo posible para dar fuerzas y consolar á nuestras jóvenes amigas. Margarita y Magdalena colmaban á Clotilde y Eugenia de conmovedoras atenciones. La llegada de los dos hijos de la Sra. de B., fué para sus hermanas un momento cruel. El dolor de estos jóvenes que tanto amaban á su madre me conmovió profundamente. No tenían otros parientes que unos primos casi desconocidos; quedaban, pues, solos en el mundo. Los hijos son muy jóvenes para que puedan proteger á sus hermanas.

1 Mayo.

Ayer se celebraron pios sufragios para el eterno des-

canso del alma de la Sra. de B., y luego fué abierto su testamento. Databa del próximo pasado Enero. Decía que sintiéndose enferma no quería la sorprendiera la muerte; se preparaba á comparecer ante Dios, entregándose en manos de su misericordia. A mi hermana y á mí nos recomendaba á sus hijas, suplicándonos que cuando ella faltara no las abandonásemos. A Carlos y á Gastón les confiaba la tutela de sus hijos.

Hemos alojado en Monte F... estos queridos jóvenes, que desde hoy empiezan á formar parte de nuestra familia. Graves deberes los que aceptamos: comprendemos su importancia y trascendencia, pero con la ayuda de Dios los desempeñaremos hasta el fin. Eugenia y Clotilde están agradecidísimas al afecto que les demostramos. Sus hermanos parecen satisfechos de la elección de su madre. Son jóvenes muy razonables. Quieren mucho á sus hermanas y les preocupa el aislamiento en que quedan. El mayor, Emilio, ha preguntado á mi esposo si nos sería posible hacer en B... lo que hacemos aquí. Carlos me ha comunicado este deseo. Era una resolución grave que precisaba meditar. Pero siempre y en todas las circunstancias hay que dejarnos guiar por la divina Providencia. Es evidente que estas jóvenes no pueden quedarse solas en el campo y que son muy niñas para vivir solas en una ciudad. Acaso pudieran entrar pensionistas en un convento, permaneciendo en él hasta el día de su casamiento, pero en B... no hay Religiosas que acepten señoras pensionistas. Mi marido ha opinado que á fuer de tutor no puede negarse al arreglo propuesto: quedan, pues, confiadas á mis cuidados Eugenia y Clotilde. Hoy sus hermanos se han despedido, y ha sido triste la separación, saliendo uno para su guarnición y el otro para la Escuela politécnica. Carlos tendrá no poco trabajo para arreglar la sucesión y administrar la cuantiosa fortuna de estos huérfanos. Suceso tan inesperado me obliga á prolongar mi estancia en Monte F... También esta mañana Carlos ha acompañado á Magdalena al colegio, llevándose á Luis. Confío juntarme con ellos pasado mañana; mi hermana, á quien sientan admirablemente los aires del campo, continuará aquí larga temporada. Con ella quedan mis jóvenes amigas mientras iré á prepararles habitaciones en B... Nuestra casa es muy grande. Les destinaremos el ala del jardín, tres dormitorios y un salón. Así cuando sus hermanos vengán á verlas podrán alojarse bajo el mismo techo.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.

ADVERTENCIA. — Del total recaudado durante el segundo trimestre y que constaba en el número último de *Las Misiones Católicas*, 317'50 pesetas han sido entregadas al R. P. José M.^a Iruarizaga, O. F. M., y las 137'45 restantes, enviadas al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona